Fontibre (Santander) CDIV. Guadalupe Gómez (5)

- Apostado tengo, madre, con el rey de Portugal
el dormir con Marianita hasta los gallos cantar.
- ¿Y para qué apuestas, hijo, lo que no puedes lograr?

- Yo soy una tejedora de las orillas del mar.

—#—

Estando un día cazando, cazando en la mi ribera
vi venir un caballero que estaba cazando en ella.
- ¿Qué hace usté ahí, el caballero, cazando en la mi ribera?
- Conejos cazo, señora, pues, que los había en ella.
- ¿Te atreverás, caballero, a ir esta noche a la mi cueva?
- Sí, señora, sí por cierto, aunque sea media docena.
Apeóse el caballero y a las ancas la pusiera
y en el medio del camino ciertas preguntas le hiciera.
- ¿De qué son estos montones, estos calvarios de piedra?
- De la gente que he matado allá adentro en la mi cueva.

Así lo haré con usted cuando mi voluntad sea.

El caballero que eso oyó desmayado se cayera

- Alto, alto, el caballero, que de burlas lo dijera.

Sacó yesca y pedernal para que la lumbre hiciera.

Mientras él hacía la lumbre la serrana á cazar fuera.

De perdices y conejos la petrina trajo llena.

Amañóle rica cama, compúsole rica cena.

Del pellejo de un venado le puso la cabecera.

~~El galan~~ Con amores del galan la serrana se durmiera

y el galan, con el cuidado, el sueño no le quisiera.

- Yo no sé si la mate, y yo no sé si la hiera.

Si la hiero y no la mato despues me va á matar ella.

Como Dios le dió á entender se ha salido de la cueva.

Con el ruido del caballo la serrana lo sintiera.

Ya le ha visto trasponer por el alto de la sierra.

- Vuelva, vuelva, el caballero, que la capa se le queda.

- No volvería yo serrana, aunque ella fuera de seda.

- Vuelva, vuelva el caballero, llevará una encomienda

á mi padre y á mi madre y á la gente de mi tierra.

5
2

Se la encomiendo, serrana, tú has de ser la mensajera.
Otro día, á la mañana, la serrana ya va presa
atada de pies y manos á la cola de una yegua.
Brincaba de mata en mata, saltaba de piedra en piedra,
berreaba como una cabra, relinchaba como una yegua.
–

(76)

— No quiero castillo en alto — ni ciudad en vega llana,
ni tampoco el oro en perlas — ni moneda enmonedada;
sólo quiero por esposa — a la hermosa linda Juana.
— Una prenda me pediste — que es la que más estimaba.
Por ser palabra de rey, — ella te será otorgada.—
Para el día de las bodas — dos mil doblones le manda.
— También te haré trinchante — en mi mesa y en mi tabla.

Lugueros (León).

Romances tradicionales recogidos por N. A. Cortés (6)

Rev. hisp. Tomo L

La serrana

R

I

Allá arriba en aquel alto, — en aquellas altas sierras,
se pasea una serrana, — una serranita fiera,
matadora de los hombres, — ladrona de las haciendas.
Vió venir un *pajarcito* (1) — por lo alto de la sierra.
Le ha agarrado de la mano, — le lleva para la cueva.
No le lleva por camino, — tampoco por carretera,
le lleva por un sendero — lleno de cruces de piedra.
Atrevióse el caballero, — le ha preguntado a la fiera
que de qué son esas cruces — de cal y canto y arena.

---

(1) *Sic.* Sin duda *pajecito.*

— De cien hombres que he matado — sin que nadie lo supiera,
como te mataré a ti — si es la idea que me intenta.—
De conejos y capones — ha puesto una rica cena
y después de haber cenado — le manda acostar con ella :
cuatro colchones de holanda — y en dos sábanas de seda.
A eso de la media noche — la serrana se durmiera.
Se levanta el *pajarcito* — por aquella sierra fuera,
las bragas debajo el brazo, — los zapatos a chancleta.
Se levanta la serrana — por aquella sierra fuera :
— Vuelva usted, el caballero, — se le olvida la montera.
— Aunque fuera de oro y plata — no volviera yo por ella :
en casa tendrán mis padres — de qué hacerme otra más nueva,
y aunque no lo tuvieran, — en la tienda la hubiera.
— Vuelva usted, el caballero, — lleve esta carta a su tierra.
— Tráigala usted, la serrana, — y venga usted con ella.
— Por Dios le pido, el caballero, — que no lo parle en su tierra.
— No señora, no lo parlo — hasta la ciudad primera. —
Ya se corre por la villa, — ya se corre por la aldea
que allá arriba en aquel alto — hay una serrana fiera,
matadora de los hombres, — ladrona de las haciendas.
Cuatrocientos de a caballo — no se atrevieron con ella,
si no es por un *pajarcito*, — por *arrodeos* que lleva;
la tiró un carabinazo — y la ha dado en la cabeza.
— ¡Válgame nuestra Señora, — válgame la Magdalena!
De cien hombres que he matado—sin que nadie lo supiera,
y ahora por un *pajarcito* — he de ser descubierta..

Reinosa (Santander).

II

Allá arriba en aquel alto — hay una serrana fiera;
cuando tiene gana de hombres — se sale por la ribera.

